

Palabras de Esperanza:

Recuerdo, recuerdo para poder vivir. Recuerdo a una multitud de niños disfrutando de las peleas libradas entre superhéroes y supervillanos. Recuerdo unos ojos brillantes y una boca inocente hablándome de la “*Liga de la Justicia*”. Recuerdo también a una niña que encontró su pleno refugio en otras fabulas, en otros cuentos; me recuerdo a mí misma. Los demás niños se empapaban de Hollywood y su filosofía, mientras yo prefería escuchar a mi abuelito. Superman, Batman, Spiderman...ninguno de aquellos, él tenía para mí historias más originales. El maniqueísmo de los Comics perdía sentido y contexto en sus narraciones. Cada uno de los personajes de mi abuelo, a pesar de tener su propio carácter, no podía catalogarse dentro del filtro de *Los Malos* o de *Los Buenos*. En su mundo encontré la esencia humana en su mejor y peor expresión.

Recuerdo la primera vez que me senté a conversar con el viejo. No apartó un sólo segundo su mirada de mis ojos mientras me hablaba de aquel hermoso lugar. Al día siguiente, mis amigos sostenían una discusión para determinar cuál ciudad era mejor para vivir: Ciudad Gótica, la tierra del enigmático Batman, o Metrópolis, la ciudad de Superman; yo corté sus argumentos y les hablé de aquel hermoso lugar. Mi esmero fue describírselos con la misma pasión y los mismos detalles que lo había hecho mi abuelito, y creo que lo logré. Su mirada fija me había transmitido su pasión, su amor por aquel hermoso lugar:

...Hay un lugar que nunca creyó en la palabra imposible, un lugar donde los ríos quieren ser océano, donde el océano se cansó de la soledad y se unió a la cascada, la montaña, la cumbre nevada e incluso a otro océano. Un lugar donde el pasado convive con el futuro y donde la palabra infinito se escribe con colores sobre la playa, el monte, la selva y el cielo. Un lugar que desafía todos los días la imaginación, un lugar donde los ángeles van de vacaciones a conocer nuevas especies de animales, en donde la espina dorsal del planeta se parte en tres pedazos y la geografía se regula exacta y casualmente para que pueda convivir tanta biodiversidad como estrellas hay en el cielo. Un lugar en el que vuelan siempre mariposas amarillas a la vista de todos, y ser gordo se convirtió en un arte. Un lugar con una ciudad amurallada, pero heroica y abierta al mundo, con una ciudad cercana al firmamento y a las nubes, con una ciudad llena de ballenas turistas que pasan vacaciones en sus playas, con una ciudad donde siempre es primavera. Un lugar donde encontraras en cada mesa un café, en cada fe una oración, en cada cielo un ave, en cada corazón una pasión y en cada esquina una felicidad...

Los niños me escucharon, mas varios alegaron que era mejor Ciudad Gótica: allí siempre vives a la expectativa de que algo nuevo va a pasar, de que algún villano va a surgir, varios civiles a morir y llegara después un héroe a salvarlos; mientras que aquel lugar del que yo les hablaba parecía muy perfecto como para que algo pasara. Me sentí muy desilusionada, pensaba que los niños tenían razón y ese lugar era un sitio ideal, ejemplar y perfectamente aburrido. Sin embargo, conservaba la vana ilusión de volver con mi abuelo y que él me retratara uno que otro suceso excitante que le hiciera cambiar de opinión a esos niños. Afortunada o desafortunadamente, había mucho todavía por contar.

Mi abuelo, un tipo relativamente viejo, llegó a América traído desde Europa. Cuando pisó por primera vez ese lugar del que me hablaba, ubicado en el norte del sur del nuevo continente, se quedó atónito e inmobilizado frente a tanto esplendor. Tras sus pasos los ríos se pintaron de sangre y las sombras consumieron poco a poco el paisaje, la palabra infinito que coloreaba la playa, el monte, la selva y el cielo fue tomando un crudo, oscuro y espeso color rojo en el que sólo se alcanzaba a leer: Muerte. A partir de ahí a nuestro hogar empezaron a llamarlo la tierra de Colon (digo “nuestro hogar” porque presumí que, si mi abuelo había vivido siempre allí, entonces yo también era hija de esas tierras y había pasado mi vida en aquel lugar de fantasías, estando a la vista de muy pocos y quizás sin darme cuenta de que todo ese esplendor era también mi patria).

Cuenta mi abuelo que era nueve de abril cuando empezó a madurar. Se encontraba descansando, hacía mucho que no se dejaba ver en público. Había un héroe, un héroe que posteriormente crearía “la liga de los mártires”.

Él no era sólo un hombre, él era un pueblo, y en esto consistía su súperpoder. Podía transformarse en cientos, miles e incluso millones de personas, con palabras movilizaba masas, su nombre era: “Jorge Eliecer Gaitán”. No era, sin embargo, invencible. A mi abuelo la muerte de Gaitán lo sacó abruptamente de su descanso y lo llevó de paseo por todo Bogotá. La parte que más le gustó fue cuando jugaron futbol con cabezas, mi abuelito siempre fue un excelente futbolista y más cuando de patear viseras se trata. No obstante, Gaitán, como ya dije, no era un hombre normal. Tras su muerte fundó la llamada “liga de los mártires”, un grupo de superhéroes que dedicaron sus vidas a resguardar el esplendor de nuestro hogar y de sus gentes, una mesa redonda reunida en torno a Colombia y movilizada por los sueños, un selecto grupo de individuos con características excepcionales que deseaban ver en paz al pueblo que aún vivía tras aquella trágica muerte.

Desde aquel día mi abuelito empezó a ser noticia en todas partes y hasta el día de hoy no deja de ser tema de discusión de cada habitante de la tierra de las mariposas amarillas. Tras los

relatos de mi viejo, empezó a cobrar sentido para mí eso que cantaba a diario: “Se baña en sangre de héroes la tierra de Colon”.

Cuando les hablé a los niños de Gaitán se quedaron maravillados con su historia, dejaron de leer Comics y fantasías de otra parte y empezaron a visitar conmigo todos los días a mi abuelo para escuchar con atención sus relatos.

Mi pregunta tras cada historia de muerte, tortura o masacre siempre fue: ¿Qué es lo que hace que los maravillosos habitantes de ese maravilloso lugar, prefieran las balas a la Felicidad? Así que decidí preguntárselo directamente a mi abuelito. Como respuesta a mi interrogante, el viejo nos habló del “Salón de la Injusticia”, un grupo conformado por cuatro poderosos personajes: Rockefeller, Nacional, Libertador y Corrupto. Todos poseen el poder de lavar mentes y corazones con su influencia, el hecho de que los cuatro se juntaran sería desastroso para cualquier sociedad, Colombia ha tenido que lidiar con ellos desde siempre.

Rockefeller es un empedernido productor y consumidor, amante del capital y del poder adquisitivo, tiene la habilidad de convertir universidades en fábricas procesadoras de autómatas sin nombre, hospitales en cooperativas, naturaleza en materia prima, colegios en campos de concentración y empresas en modernas cámaras de gas. Uno de sus mayores poderes es transformar a las personas en insensibles y arrogantes productores y ampliarles el ego lo suficiente para que ocupe el lugar del corazón.

Del otro lado está Corrupto. Es el de mentalidad y espíritu más frágiles del grupo, sus súperpoderes son limitados, su campo de influencia pequeño, pero sus consecuencias devastadoras. Corrupto tiene la misión dentro del Salón de corromper los corazones de los administradores ejecutivos de la tierra colombiana, es un fiel amante y admirador de Rockefeller, todas sus acciones destruyen la institucionalidad de estas tierras, convierte la inversión social en simples gastos de un mínimo del presupuesto, la soberanía del estado en un juego de poderes, influencias e intereses económicos, y la democracia en oligarquía. Pero su mayor habilidad es convencer con argucias y ocultarse después detrás de un traje de cuello blanco que presume elegancia y nobleza.

Nacional es el más polifacético e inteligente, su nombre se debe a la habilidad que tiene de destruir la identidad de sus víctimas. Su trabajo es seducir mentes con ideas excitantes, sin importar cuales sean. Convirtió la pluralidad étnica en odio al diferente, hizo que todos se sostuvieran de clavos calientes con la ilusa idea de que ello iba a brindarles seguridad, destruyó la capacidad de identificarse con el otro, borró los vínculos genéticos para reemplazarlos por camisetas de grupos legales e ilegales, subversivos y antisubversivos, estatales y paraestatales. Su telepatía le permite desviar las mentes de sus raíces, hasta el punto de hacer que los

colombianos hagan fila a las afueras de Starbucks. Nacional es, sin duda, lo más parecido al mal que tiene la tierra de Juan Valdez. Es el mayor patrocinador de las guerras, borra de la mente de su poseído los conceptos de hermano y compatriota y los cambia por las palabras rival y enemigo. Es quizás por ello que Nacional es el jefe y fundador del Salón de la Injusticia, el más poderoso de todos y también el mejor amigo de mi abuelo.

Libertador es la mano derecha de Nacional, su trabajo es menos discreto, sin embargo, más difícil de descifrar. Su tarea principal es diseñar disfraces de ideologías tras los cuales se puedan esconder ambiciones de poder e intereses económicos. Libertador es capaz de transformar cualquier teoría, figura o ideología a su gusto y utilizarlas como mejor le convenga. Ha logrado que Bolívar inspire tanto a una universidad católica como a una guerrilla. Nacional le confía a Libertador la tarea de apegar los inseguros individuos a cualquier cosa que los haga sentir importantes, pertenecientes a un grupo y defensores de unos ideales: desde barras de equipos de fútbol, tribus urbanas y pandillas, hasta organizaciones criminales, guerrillas, y autodefensas. Una de las cosas que más goza Libertador es ver como las personas se matan por la figura del Che o de Bolívar. No es por el contraste de ideales, lo que disfruta es apreciar cómo se matan entre hermanos por defender a 2 difuntos que desconocen y que quizás hubiesen luchado juntos de haber tenido la posibilidad de coincidir.

Yo desconocía muchas de las cosas que hablaba mi abuelo, pero siempre lo escuché atenta y cautivada. Conocer la historia del Salón de la Injusticia dejó más dudas que respuestas en mi cabeza, me preguntaba si la gente que habita el lugar donde el mar se pinta de siete colores, tendría algo en común. En todo lo que mi viejo había dicho, sólo se notaban disparidades; pareciera que cada individuo hubiese inmigrado de un lugar diferente y le tocara adueñarse del territorio por la fuerza. Pero creo que ni siquiera esa situación hipotética ocasionaría tanto conflicto, pues la gente se identificaría con el otro reconociendo su condición de inmigrantes.

Mi duda persistió y se configuró en una pregunta:

— Abuelito, ¿Hay algo que posean todos los colombianos por igual y pueda hacerlos sentir uno sólo?

Su respuesta, para sorpresa mía, fue un sí.

— ¿Qué es? — Le pregunté yo.

— Una rosa — Dijo él, mientras formaba en su boca una leve sonrisa. Se levantó de su asiento y eufórico comenzó a hablarnos de aquella flor sin que yo se lo preguntara: es una rosa de tres colores, ella nació con cada uno de nosotros y será el rastro de vida que dejemos al morir, ya que es inmarcesible.

— ¿Qué significa eso? — Le pregunté.

— Que nuestra rosa no puede marchitarse — Cuando dijo esto agachó la cabeza y volvió a sentarse, guardó silencio por un momento y exclamó — Sólo puede marchitarse cuando utilizas sus espinas para matar a tu hermano – volvió a guardar silencio.

Estuve pensando toda la noche en aquella rosa. Al día siguiente, mis compañeros hablaban fascinados del Salón de la Injusticia y sus personajes, me sorprendía enormemente que, a pesar de las palabras de mi abuelo, ellos seguían sintiéndose orgullosos de idolatrar aquello que tanto daño había hecho al país. Esa tarde acudimos a escuchar a mi abuelo, sin saber que iba a hablarnos de otra planta, pero una planta diferente, la Coca. No puede juzgarse de malo o perverso ningún elemento de la naturaleza – Dijo mi abuelo para introducirnos a su discurso. Los indígenas (habitantes de Colombia antes de que fuera Colombia) la utilizaban con fines medicinales y como fiel aliada en las montañas. Pero, cuando el Salón de la Injusticia descubrió la Coca, la convirtió en Cocaína. Desde aquel momento este alcaloide reemplazaría al Café y a nuestra rosa tricolor y se convertiría en el sello y representante de este lugar ante el mundo. La Cocaína se convirtió en la insignia de Rockefeller, de Nacional, de Libertador y de Corrupto, este fue su instrumento más poderoso. Mi abuelito es adicto a la cocaína.

El poder del Salón de la Injusticia siempre fue algo aparentemente imperceptible, pero su influencia combinada con el poder de la cocaína desencadenó la creación de un nuevo grupo de personajes endémicos que transformarían los colores originales de la rosa en un oscuro y aterrador rojo sangre.

A mi propio abuelo le era difícil hablar de estos sujetos. Por ello, decidió posponer su relato unos días. Toda esa semana mis compañeros y yo estuvimos a la expectativa, a muchos de ellos les fascinaba el hecho de que mi abuelo sintiera una especie de respeto hacia estas figuras, todos pensaban que los así llamados: Vengadores, tendrían que ser sujetos dignos de admirar por su valentía y sus acciones. Pero, se equivocaban, mi abuelo no les tenía respeto, sentía miedo de recordar que una simple sustancia psicoactiva y tres señores habían logrado que los demonios se aterraran al darse cuenta de que el hombre podía ser peor que ellos.

Los Vengadores eran tres tipos: “El tridente” Castaño, Cartel y Habano, cada uno con su seudónimo y persiguiendo el rol de superhéroe. Nadie fundó a los vengadores, no fue alguien, fue algo lo que se encargó de configurar este grupo. Por un lado, la sed de venganza, por el otro, la posibilidad que les brindó la cocaína de hacerlo.

El primero en creerse súper héroe fue Habano, un fiel seguidor y amante de Fidel, el Che y toda la revolución cubana; Influenciado por Nacional, Habano se enamoró perdidamente del comunismo y en el encontró su identidad perdida. Esto lo llevó a configurar grupos armados y sobre todo guerrillas llenas de hombres dispuestos a dar la vida por continuar la revolución en

Latinoamérica y en especial en el lugar donde encontraras en cada mesa una taza de café. El gran problema de Habano era Rockefeller, necesitaba una fuente de financiación, algo que le permitiera consolidar su lucha. Pero, no contaba con que, para lograrlo, tenía que “besarle el culo” al hombre de la producción y el capital, y cuando le besas el culo a alguien inevitablemente quedas con la boca llena de mierda y con tu alma contaminada por los excrementos; lo digo así, porque esas fueron las palabras de mi viejo. Habano perdió completamente el sentido de sus ideales cuando conoció a Rockefeller, gracias a él las guerrillas comunistas escribieron sus tratados con lapiceros Parker guiados por manos con anillos de oro en los dedos y Rolex en las muñecas. Fue ahí que conoció a Libertador quien le enseñó a ocultar su verdadera naturaleza detrás de una fachada populista que motivó a que una de sus guerrillas se proclamara “ejercito del pueblo” sin siquiera preguntarle al pueblo. Lo que comenzó como una lucha para vengar al campesino y al ciudadano de a pie, de los daños y martirios ocasionados por las elites, los oligarcas y el capitalismo, se transformó en una lucha contra los campesinos y el ciudadano de a pie, una lucha que logró convertir durante dos días al palacio de justicia en un centro de muertes, desapariciones y, por supuesto, injusticia. En medio de su matanza a los campesinos, murió un hombre, un campesino más, pero un campesino que determinaría el futuro de los Vengadores. El hijo de este hombre había nacido con una extraña enfermedad: tenía tres cabezas, cada una de las cuales poseía una personalidad diferente. La imagen de su padre muerto transformó a este sujeto, lo enamoró de la cocaína e infundió en todo su ser el odio y el deseo incesante de venganza; lo convirtió en un monstruo de tres cabezas que se hizo llamar “el Tridente Castaño”, ello marco su entrada a los Vengadores. A partir de ahí, dedicó toda su vida a pelear contra Habano, creó su propio ejército cuya única misión era destruir al asesino de su padre. Pero para ello necesitaba a Rockefeller y, al igual que todo lo que era patrocinado por este sujeto, el ejército que Castaño llamó autodefensas ascendió atterradoramente y se desmoronó estrepitosamente derrotado por su propio peso. Durante el ascenso de las autodefensas fue necesario pedir ayuda a Libertador, el que no puede faltar. Este le dio a Castaño la maravillosa idea de utilizar la rosa de tres colores en la guerra como arma y escudo, el astuto Libertador le había sugerido lo mismo a Habano, por lo que la guerra de estos dos vengadores estuvo impregnada de un supuesto nacionalismo por el que sus combatientes daban la vida y mataban al otro gritando fervorosos: “Soy más colombiano que tú”.

La historia de estos dos sujetos me trastornó demasiado. Pero, al mismo tiempo dotó de sentido mi existencia. No entendía por qué aquella noche, luego de escuchar esos perturbadores relatos, me fui a dormir con una sonrisa en el rostro. Más tarde me di cuenta de que gracias a mi abuelito

estoy viva y a pesar de todo el dolor, el sufrimiento y las muertes, si yo sigo existiendo eso marcará el primer paso hacia el cambio.

Esta vez los niños guardaron silencio, al día siguiente nadie habló al respecto, parecían asustados, y eso que aún faltaba el último vengador. Su nombre era Cartel, oriundo de la ciudad donde siempre es primavera y de otra que es sucursal del cielo. Cartel era, nada más y nada menos, el hijo de Rockefeller. Sus poderes, personalidad e influencia eran herencia de su padre. El mejor regalo del Salón de la Injusticia al hijo del más querido de sus miembros fue, su tesoro máspreciado, la Cocaína. Cuando Cartel conoció la cocaína, Colombia conoció a los sicarios y a las bombas y el mundo empezó a comparar con el infierno aquella tierra donde los ángeles solían ir de vacaciones. Cartel fue amigo de Habano, pero cuando este pacto se rompió el amo de la cocaína se transformó en un vengador, ahora odiaba y perseguía al que en algún momento fue su amigo. Y, como el enemigo de mi enemigo es mi amigo, se alió con Castaño. Cartel tenía una personalidad explosiva, con tendencias suicidas, era bastante estallado e inestable, sus cambios de humor eran muy frecuentes por lo que solía apuñalarse a sí mismo de vez en cuando. Su poder e influencia llegaron a ser de tal magnitud que logro transformar la cultura del café y la humildad en la de las drogas y el malandreo. Logró que los niños se sintieran orgullosos de matar policías, de matarse entre ellos y además les pagaba por hacerlo. Durante su vida fue un dios y al morir se convirtió en una leyenda, en un slogan, en un símbolo y en un producto comercial. De la mano de Cartel y de Corrupto, los Vengadores lograron adueñarse y repartirse el poder del lugar donde antes encontrabas la felicidad a la vuelta de la esquina, ahora debías tener cuidado, a la vuelta de la esquina podías encontrarte con una bomba o cruzarte con un sicario. Con el reinado de los Vengadores la tierra de Colon pasó a ser la tierra del terror, su mayor arma: el miedo.

No obstante, el Salón de la Injusticia no iba a permitir que estos nuevos aparecidos le robaran protagonismo. Así que Rockefeller, Nacional y Libertador se apoderaron de las mentes de Castaño, Cartel y Habano y lograron que se mataran entre ellos. Castaño emprendió la caza de Cartel y entre golpes y abrazos ambos se iban destrozando. La influencia del salón llegó a cada una de las cabezas de Castaño, ocasionando que se mataran entre sí. Cuando un hermano mata a otro hermano es poca la ilusión que se puede tener, la historia de Castaño es un espejo aterrador de la historia del lugar en el que, en algún momento, la geografía se reguló exacta y casualmente para que pudiera convivir tanta biodiversidad como estrellas hay en el cielo. La estocada final al tridente Castaño se la dio Cartel, sin embargo, también quedó malherido por las puñaladas que le propinó tiempo atrás el monstruo al que estaba asesinando.

Aunque Habano fue herido de muerte en repetidas ocasiones por Castaño, su principal contendor, finalmente lo que le dio muerte fue el mismo pueblo por el que supuestamente había luchado siempre. Una muerte llamada acuerdo de paz.

A pesar de que los personajes principales salieron de escena. Hoy en día, el rastro de los Vengadores sigue siendo visible en bandas criminales organizadas, terroristas supuestamente comunistas y una gran brecha de matanzas y vida fácil que permanece abierta en la cultura. Pero, estos males momentáneos son aparentemente superables, lo que más me preocupa es la influencia todavía vigente del Salón de la Injusticia.

Mi abuelito también nos contó que estuvo presente en cada reunión, tanto de los vengadores como del Salón aquel. En cada bomba, en cada decapitación, en cada tortura, en cada muerte, en cada masacre, en cada lagrima de viuda o de niño que veía morir a su padre. Y todo esto lo presenciaba, lo vivía, lo hacía y lo sentía sin olvidar nunca su pase de cocaína.

Cuando mi viejo terminó por fin la historia de los Vengadores, todos volvimos a casa entonando al unísono un desolador silencio. Esa noche no pude dormir, cada vez que intentaba conciliar el sueño escuchaba disparos de rifle como música de fondo, al mejor estilo de una canción de reggaetón. Mi insomnio era inspirado por la pérdida de sentido, lo que anteriormente me había llenado de vitalidad, ahora estaba difuminando mi existencia. Me sentía muy mal, tanto que deje de visitar a mi abuelito por mucho tiempo, lo único que hacía era encerrarme en mi cuarto y llorar por horas, que luego fueron días, luego fueron meses y combinados se convirtieron en años.

Después de mucho tiempo llegué a la conclusión de que mi vida no tenía sentido y que lo mejor era morir. Pero yo no podía suicidarme, eso sería atentar contra mis principios, lo mejor era morir a manos de mi abuelo, así que decidí buscarlo otra vez.

Hacía mucho que no sabía de él. Cuando dejé de visitarlo los otros niños empezaron a sentir miedo de su persona y de sus historias. Cuando lo encontré estaba completamente solo y moribundo, había vuelto a consumir cocaína. Lo primero que hizo al verme fue llorar, luego limpió sus lágrimas y me abrazó. Sentir a mi abuelo medio muerto dándome amor, hizo que fluyera nuevamente en mí esa sensación tan cercana a lo que la gente llama felicidad.

¿Quieres escuchar la otra parte de la historia? – Me preguntó él, antes de que yo pudiera siquiera pronunciar palabra. En medio de lágrimas asentí con la cabeza.

A mi abuelo lo apodaban “Violencia”, él fue el encargado de asesinar a tantos hombres como especies de animales y plantas hay en Colombia. Pero, ese día quiso hablarme de un pequeño grupo de sus víctimas, esos que a pesar de haber sido asesinados nunca murieron. Los miembros del grupo que fundo Gaitán tras su muerte, la llamada “Liga de los Mártires”.

Violencia tomó un balón de fútbol con sus manos y me habló de uno al que llamaban “el caballero de la cancha”. Aquel mártir tenía el súperpoder de la humildad, la sencillez y la entrega por los suyos; su nombre: Andrés Escobar. En medio de las matanzas, las bombas y las masacres, este caballero transformaba sus intercepciones, pases y goles en sonrisas y felicidad para mi gente. Él representaba un punto de fuga, un lugar donde las personas podían olvidarse de su tristeza. A pesar de que su labor era evitar los goles, también los metía. Lastimosamente uno de ellos marcó su despedida y con ello entró a formar parte de la liga de los mártires. Es por eso que Andrés aún vive y vivirá en cada gol de esa selección de futbolistas que portan como uniforme nuestra rosa tricolor, y que tanto ha ayudado a construir el sentido de patria.

De todos los nombres y hombres que mi abuelo empezó a mencionar hubo uno en especial que me llegó, su nombre original: Jaime Garzón, aunque se le conocía por diferentes seudónimos como “Godofredo Cínico Caspa” o “Heriberto de la Calle”. Garzón tenía el súperpoder de la valentía, el ingenio y el humor, además de la asombrosa habilidad de transformar mentes. Amaba la rosa tricolor y constantemente delataba sin miedo y declaraba en contra de cualquiera que intentara opacar la belleza de nuestra flor con su ambición y sus manchas de sangre. Por ello, se ganó el recelo de todo el Salón de la Injusticia y se convirtió en su objetivo principal, casi cualquiera que ostentara poder en Colombia deseaba matar a Garzón, finalmente fue mi abuelo el autor material de su muerte, pero nadie sabe quién fue el intelectual. Cuando mi abuelito me habló sobre él y me mostro sus programas, sus videos y escuché sus palabras, desapareció en mi ese antiguo deseo de muerte, me di cuenta de que, al igual que él, mi deber era impregnar con mi nombre aquel pueblo donde ser gordo es un arte.

Como ellos tres han sido cientos, quizás miles, los integrantes de la liga de los mártires, desde Gonzalo Arango que hoy vive en cada locura que escribe mi generación y que fue asesinado intelectualmente por los industriales antioqueños, hasta los idealistas de izquierda de la UP que rechazaron la lucha armada y que para colmo vivieron con sangre caliente y murieron a sangre fría; desde el galante guerrillero del M19 Carlos Pizarro, hasta el fiero enemigo del narcotráfico Luis Carlos Galán. Y como estos, otros miles de héroes sin nombre de los que mi abuelo me habló y que hoy llenan mi pueblo de alegría, porque es gracias a ellos que yo existo.

Mi nombre me lo puso mi abuelito, ese al que apodaron violencia, él está a punto de morir. En su lecho fúnebre mi abuelo deseó que yo contara todas sus vivencias y las historias de todos los superpoderosos que habitaron la tierra donde la espina dorsal del planeta se parte en tres. Todo con el fin de que esto nunca vuelva a repetirse, de que nos transformemos como personas y de que asumamos nuestra propia identidad, como solía decir Garzón. Ahora lo que debemos hacer es librarnos de las garras del Salón de la Injusticia, ellos no son nuestros dioses, debemos

sacarlos del país, del planeta y, sobre todo, del corazón de los hombres. Nosotros hemos vivido y sufrido en sangre propia la ambivalencia del ser humano, tenemos el deber de contribuir a la causa de la humanidad. Pero, hay que empezar por nosotros mismos. ¿Cómo? Pues, es muy fácil, el cambio empezará a tomar forma si nos damos la mano, erradicamos la cocaína y plantamos en el mundo nuestra rosa de tres colores.

Hoy acudo a ustedes compatriotas, yo que soy una colombiana más, porque sólo con su ayuda podre darle a mi abuelito cristiana sepultura.

Atentamente y con mucho cariño,

ESPERANZA.